

la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena, peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos al autor y al drama.

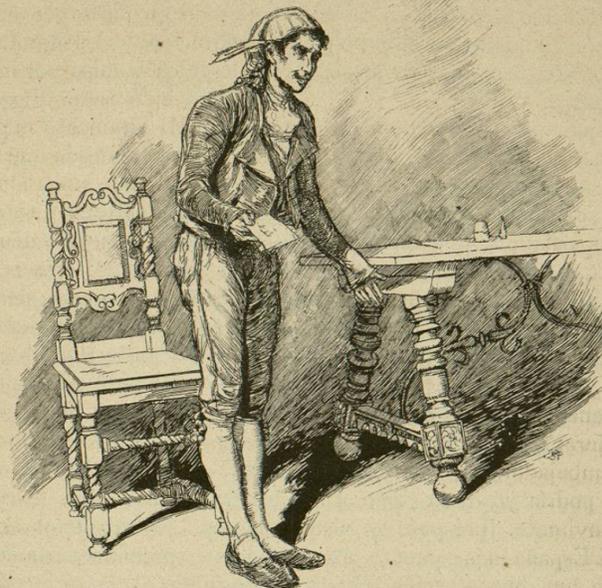
La versificación y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representación y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oído culpar de largas y lánguidas varias escenas; confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto, ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer más largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimensión, sino la falta de interés; y tanto vale que no le haya como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un día entero trascurrido al lado de su amada ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creído necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repe-

ticiones inútiles de la palabra *adulterio*, mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazón del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de más efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace más efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algún otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio, las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia, que los cadáveres se conservan en Tueruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten.



FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

Señores redactores: En este momento recibo esta carta que adjunta remito á ustedes para su publicación y contestación, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta:

«Señor Figaro. Muy señor mío y mi dueño: (Esto estaba demás, porque en el día ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: sólo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy además habanero; esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Figaro, que en agosto pasado se juró la Constitución de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos: *Constitución ó muerte*. Recuerdo este hecho porque como casi nadie la ha observado, pudiera habersele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazón en que por unanimidad se estaba poniendo el código en España me hallaba yo en París, y me venía á Madrid; francamente, me faltaba tiempo para

venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo, si no es la conciencia, en que como he dicho á usted abundo, la cual, aunque es seña mucho más particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme si sería carruaje, y dije que ya tenía el asiento tomado, y que si aludían á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenía; pero no era eso; dijéronme que era preciso más que camisas y dineros, más todavía que carruaje, *jurar allí la Constitución*. Nunca he entendido lo que es jurar un código; por ahí conocerá usted si soy corto; alegué que yo era muy afecto á la Constitución desde que había visto el mucho provecho que traía á mi país; que en cuanto á jurar, no tenía costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creía yo que debía eso de tener gran fuerza; por fin,

que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debía bastar, y que por lo tanto yo no juraría la Constitución, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecía hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de Constitución*.

»Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habían engañado con buenas palabras; que aun en lo de los juramentos solía haber sapos y culebras, cuanto más en las palabras; que éstas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa más pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez había de empezar; que no era libre el hombre de tener más hábitos que los que tienen los demás con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mía, y en ello el día de mañana podría yo hacer como otros lo que más me conviniese. Juré pues en vista de esto, y vineme á España más contento, como quien había hecho una buena acción y había sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo extrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

»Pero es el caso, señor Figaro, que en el día me encuentro con que en la Habana no sólo no se ha jurado la Constitución sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitución no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien más que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto sólo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos: *tal para cual*. No me asombra esto, sabiendo que hay

vinos que yendo hacia el Mediodía pierden, y viceversa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitución, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Figaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitución, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

»¿Y no sabía el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas, las hijas de los alcaides, las princesas y las constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

»Sáqueme usted, señor Figaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé más que la vida, pues le deberé el honor y mi salvación, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava, Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (Q. D. H.), si algo le queda por haber.

»Suyo afectísimo:—*El Habanero*.»

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca.—*Figaro*.

## TODO POR MI PADRE

ESCÁNDALO EN TRES ACTOS

### LA POSADERA RUSA

SANDEZ DRAMÁTICA EN UNO SOLO

novedades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus y del público ilustrado de esta capital

Dícese comunmente que las mujeres tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones, que tienen también todos los días su rato de calentura; nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferimos á los mismos leones, aunque se diga de éstos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son más bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y así sólo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mujeres.

Nosotros también tenemos nuestro cuarto de hora; sólo que nuestro cuarto de hora no es de calentura, como el del león, sino de verdad, como el de la mujer, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

*Todo por mi padre* es una trama ingeniosa que en pocas palabras explicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como éste en la región más elevada, es decir, en una guardilla. Linda, por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los países más fértiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; éste dice que en ninguna parte se dan mujeres como en Bilbao; aquel de más allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de M. Willers; nada de eso: el país más abundante de hermosas es el teatro; todavía no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestión es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen, ni envejecen, ni son jamás desamadas, gracias sin duda al telón que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está, como todos los padres de comedia, lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que

el viejo moribundo está muy expuesto á curarse en atención á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro, atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico como un ministro de Hacienda y más seductor que un pastel de Périgord. Súbase con franqueza á la guardilla, y, gran conocedor del corazón humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolsón de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por... la heroína de la comedia en fin... ¿qué tal será lo que hace Adela cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lector todos los días al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede, es verdad que... pero todo por papá. Otro tanto había hecho papá por ella con su mamá, y esto no es más que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene, sin embargo, un novio á quien quiere mucho, como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud; la mano allí se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisosa pára donde páran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroína con todo le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, *mutatis mutandis*; en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no había visto jamás. Pero éste también está enamorado y quiere casarse, ni más ni menos que el novio: tiene tanta más confianza en la virtud de Adela cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto disputan y se disparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia: rara vez aciertan, no se dan. Adela llega á los postes del desafío y se casa, ¿con quién dirán us-